

# Miradas subalternas para entender los procesos migratorios

*En estos tiempos en los que un nuevo fantasma recorre el mundo, el neokeynesianismo, podríamos aprovechar para recuperar algo de lo que tuvo que ver con la Gran Depresión. Podríamos preguntarnos por las duras circunstancias que vivió una parte muy significativa de la población, y las movilizaciones que realizaron buscando una mejora en las condiciones de vida. Tenemos algunos testimonios a mano que nos pueden ayudar. Por ejemplo, las fotografías de Dorothea Lange o Walker Evans. En ellas podemos ver las gentes que se dirigían hacia California en busca de la vida que habían perdido en sus lugares de origen. El trabajo en el campo se había echo difícil, pero en la tierra del sol y las naranjas, había oportunidades. La administración de F.D. Roosevelt desarrolló un proyecto federal para asistir a estas personas, y una de sus actividades fue la de documentar gráficamente lo que estaba ocurriendo. Ayudaba a poder actuar y a argumentar ante los ataques de quienes se mostraban en contra de lo que identificaban con el socialismo. Estas imágenes aun las entenderemos mejor, si las vemos acompañadas, por ejemplo, de los artículos<sup>1</sup> que John Steinbeck escribió antes de publicar *Las uvas de la ira*, más tarde llevada al cine por John Ford.*

Hoy hablamos mucho de migraciones y migrantes. También tenemos imágenes. Imágenes dolorosas, contundentes. Imágenes que nos muestran la muerte. Imágenes con capacidad para impactar, pero tal vez no para explicar. Unos ponen las imágenes, pero otros ponen las palabras. Las palabras dominantes son las de los que no hablan de los riesgos, de los miedos, de la imposibilidad de dar respuesta.

La voluntad documental que puede encontrarse en diferentes medios de expresión ha permitido que tuviéramos conocimiento de un pasado y un presente al que no pertenecíamos. En el cine, palabra e imagen se encuentran para elaborar relatos capaces de hacernos entender lo que ocurre. Con la voluntad de comprender, explicar, denunciar y transformar, se han elaborado

Jordi Mir García es profesor de la facultad de Humanidades de la Universidad Pompeu Fabra

---

<sup>1</sup> John Steinbeck, *Los vagabundos de la cosecha*, Libros del Asteroide, Barcelona, 2007

películas que nos ofrecen miradas sobre nuestras realidades que nos muestran lo que otros no querían ni mirar, ni que se viera. Conviene tenerlo presente, si no incorporamos esta forma de conocimiento nuestro análisis será más incompleto de lo que ya acostumbra.

El cine ha sido capaz de elaborar algunas miradas subalternas que ponen en primer plano realidades olvidadas de nuestro pasado y nuestro presente. Un ejemplo, nuestras migraciones interiores durante los años 40, 50, 60 y 70<sup>2</sup>. En la España franquista hubo quien fue capaz de mirar y enseñar aquello que el régimen no quería mostrar. Lo que nos aportan es fundamental para conocer lo que supuso este proceso migratorio. Y lo que sirve para este, sirve para otros.

## Las diferencias entre la mano de obra y las personas

A nadie le resulta extraño escuchar expresiones de este tipo: *“El problema de la inmigración tal como se presenta hoy día, sin control de ninguna clase, no tendrá solución por mucho que nosotros las busquemos. Esta libertad de desplazarse, amparándose en un derecho en vivir, derecho de los que parten de los puntos de origen, es muy respetable, pero es que los que están en las localidades hacia donde van los emigrantes también tienen derecho a vivir donde se encuentran.”*<sup>3</sup> La percepción de que los inmigrantes, estas personas recién llegadas, ajenas a este país, se quedan con bienes que son propios de la gente del territorio o que son favorecidos, por ejemplo, con el fin de no pagar impuestos al abrir un negocio también está muy extendida. Las cosas se complican cuando nos encontramos en una situación de escasez de recursos. Entonces incluso se pueden escuchar expresiones de este tipo: *“hay una cantidad de inmigrantes en Cataluña que se han quedado con todos los pisos y con todas las viviendas en detrimento de la necesidad de viviendas que tienen los hijos de la propia localidad, cuando por razón natural van creciendo las familias.”*<sup>4</sup>

Estas dos citas aquí recogidas son expresiones expuestas en 1965, ya hace más de cuarenta años. Estas palabras las pronunció Don Jaime Mensa Domingo, funcionario municipal, no para hablar de los ciudadanos provenientes de Rumania, Marruecos, Senegal, Pakistán, o Ecuador. Se pronunciaron para hacer referencia a las personas que estaban llegando de Andalucía, de Extremadura, de Murcia, y de otras zonas de España. Su pensamiento lo expuso en las Conversaciones sobre inmigración interior que se celebraron en Barcelona el octubre de 1965. Las Conversaciones fueron organizadas por el Patronato

---

<sup>2</sup> Conviene destacar el trabajo que está realizando Martí Marín i Corbera. Su última aportación se puede leer en Martí Marín, “Familiares pero desconocidas: las migraciones interiores durante el régimen franquista”, en Damián A. González Madrid (coord.), *El franquismo y la transición en España*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2008.

<sup>3</sup> *Conversaciones sobre inmigración interior*, Publicaciones del Patronato Municipal de la Vivienda, Barcelona, 1966, p. 131.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 131

Municipal de la Vivienda del Ayuntamiento de Barcelona. El alcalde y máximo responsable de las mismas, el Excelentísimo Señor Don José M<sup>a</sup> de Porcioles, valoró muy positivamente los resultados obtenidos. Él mismo calificaba de explosivo el crecimiento demográfico de la ciudad y de su área metropolitana. Insistía en los ingentes y numerosos problemas que comportaban las masas de población emigrante para las comunidades de acogida. El Patronato Municipal de la Vivienda, cuya finalidad consistía en hacer vivienda nueva y trabajos de investigación sobre la población, era presentado por Porcioles como lo más próximo a un Instituto de Estudios de la Población. Sus palabras nos permiten comprobar cómo la posición de Mensa referida a los efectos sobre la población de acogida no estaba aislada, era compartida.

---

### El cine ha sido capaz de elaborar algunas miradas subalternas que ponen en primer plano realidades olvidadas de nuestro pasado y nuestro presente

---

La de Porcioles, Mensa y tantos otros, era una mirada sobre la realidad del momento. Otra, substancialmente diferente, la podemos encontrar en dos películas de un realizador poco conocido en ese momento, Llorenç Soler. Curiosidad, o no, a mediados de los años sesenta había recibido un encargo del Patronato Municipal de la Vivienda para realizar un reportaje promocional que presentase las viviendas en construcción para las personas que llegaban a Barcelona y su área metropolitana. Soler se dedicaba al cine publicitario y hubiera podido limitarse a enseñar los nuevos edificios, los pisos y los espacios urbanizados que estaban creciendo. Pero ésta no fue su opción, se preguntó por los habitantes que irían a vivir a aquellas casas. Su mirada se desplazó, y su sensibilidad hizo el resto. Su cámara nos muestra la llegada de estas personas a los trenes que, cruzando España, llegaban hasta la Estación de Francia a Barcelona. Su vida al raso, iba a parar a las barracas o a pisos sobrepuestos de diferentes lugares de la ciudad. Buscó mostrar las condiciones en las que vivían y trabajaban.

El resultado no gustó a los promotores del proyecto que se quedaron con la filmación. Años después pudo recuperar el material, grabó de nuevo, y preparó otro montaje saltando a la marginalidad. *Largo viaje hacia la ira* (1969), la película resultante, es la denuncia de lo que espera a las personas humildes que vienen a vivir y trabajar en la Cataluña de esos años. A través del cine de Llorenç Soler se fija en el padecimiento que hemos sido capaces de generar. En otra de sus filmaciones de este periodo, *52 domingos* (1966), su mirada nos lleva a las ilusiones y los sueños de algunos jóvenes que han llegado y que intentan salir adelante. Nos explica el trayecto vital de aquellos que desean ser toreros. Los hijos quieren solucionar la vida a sus padres, buscan la riqueza y la fama para salir de la miseria. Lo que encuentran, en demasiadas ocasiones, son aprovechados y fracaso.

Se ha hablado mucho, y se continúa hablando, de lo que supuso para España el crecimiento económico durante los años sesenta (sus artífices, el seiscientos, etc. ). Pero se olvida cómo se fundamentó esta transformación. El decenio que va de 1961 a 1971 es el de máxima recepción de inmigración en Cataluña del que tenemos constancia. Durante las décadas de los cincuenta y los sesenta, llegaron casi 1.500.000 de personas. Sin ellas, sin su trabajo, sería imposible entender la evolución de la sociedad, el crecimiento económico, la producción, el consumo. Pero al hacer balance se acostumbra a mirar los números de las empresas, del producto interior bruto, olvidando a las personas que lo hacen posible; a toda aquella gente que se marchó de sus localidades intentando encontrar una salida a su situación; a toda aquella gente que llegó, por ejemplo, a Barcelona y estuvo viviendo en las barracas del Somorrostro, de Casa Antúnez, de Montjuïc, o que se echó al monte para hacerse una vivienda de autoconstrucción en Torre Baró o en Roquetes. Como ocurre en otras épocas y en otros lugares, el crecimiento económico se alimenta de la pobreza. Pero a las personas que son el fundamento de este crecimiento alguna cosa les tiene que llegar. Entonces pasa aquello, tan extraño para algunos, de que la gente intenta marcharse de la barraca, tener un piso que le guste para vivir, comer tres veces al día, o ir al médico cuando no se encuentra bien. Las personas parecen sólo interesar en su condición de fuerza de trabajo. Pero los que hacen crecer un país necesitan dónde vivir, donde educar a sus hijos, donde recibir atención médica.

## **Lo que va de las diferencias culturales a las desigualdades sociales**

Hace tiempo que podemos escuchar en diferentes ámbitos un argumento que intenta explicar la imposibilidad de la convivencia con las personas que están llegando al proceso migratorio actual. Puede decir algo así: “El problema de la inmigración actual es que toda esta gente que está llegando no tiene nada a ver con nosotros. Los que vinieron durante los años cincuenta, sesenta o setenta, eran como nosotros. Vinieron de otros lugares de España y teníamos una lengua común, compartíamos religión, costumbres...”. Actualmente, lo que de esta afirmación se desprende lo suscribe quién recibió y quién llegó. Parece que todos juntos han reconstruido la historia endulzándola. Pero existen testimonios bibliográficos y filmicos que permiten cuestionar ese relato. La gente que llegó vio, rápidamente, que aquí había diferencias significativas entre los catalanes, “los de raza catalana” para algunos, y el resto. Para ellos era una cuestión de posición social.

“Los de raza catalana”, era una expresión que aparece en una filmación clandestina de 1969, *No se admite personal*, que intenta plantear las dificultades que en aquel momento estaban teniendo para encontrar trabajo algunas de las personas recién llegadas a Barcelona. La oferta de trabajo había descendido, y los inmigrantes se lamentaban de que

las escasas ofertas disponibles acabarían siendo ocupadas por gente nacida en Catalunya. Se sentían discriminados. No era un sentimiento sin fundamento. Podemos decirlo con una cierta claridad, eran considerados inferiores, retrasados. Jordi Pujol, quien más tarde sería President de la Generalitat, que desde el antifranquismo se planteaba que el futuro de Catalunya pasaba por el trabajo con la inmigración, no obstante, contribuye a la consolidación de una imagen de los inmigrantes bastante extendida en aquellos años. En un texto de 1958 nos habla de hombres poco hechos. Hombres que hace centenares de años que pasan hambre y que viven en un estado de ignorancia y de miseria cultural, mental y espiritual. Hombres desarraigados, incapaces de tener un sentido un poco amplio de comunidad.

En las Conversaciones sobre la inmigración interior de 1965 también se habló de lo que consideraban el atraso cultural de estas nuevas personas que llegaban a la ciudad. Una percepción que no se limitaba al ámbito español. Ricardo Catelani, Secretario general del Istituto Servizio Sociale Casa per Laboratorio de Roma, en su intervención aportó la experiencia italiana. Catelani presentaba a los inmigrantes como seres portadores de hábitos, maneras y manifestaciones de una vida retrasada. Eso quedaba claro, a su parecer, en las dificultades que experimentaban para vivir en las nuevas viviendas proyectadas por arquitectos muy adelantados, en las dificultades para la integración sociocultural al nuevo ambiente urbano, y en la aparición de núcleos étnicos en las ciudades. El Ilustrísimo Señor Don Julio Muñoz Campos, Vicepresidente del Patronato Municipal de la Vivienda, le daba la razón a su colega italiano. Se mostraba indignado por la falta de formación de las personas a quienes facilitaban la adquisición de un piso. Los pisos se convertían en barracas verticales porque aquella gente no estaba preparada.

Muñoz Campos también se mostraba indignado por su comportamiento a la hora de buscar trabajo. Era buen conocedor del asunto al haber estado dedicado a la persecución de la contratación ilegal y eso le llevaba a exponer que los trabajadores preferían ser esclavos de un prestamista, sin ningún tipo de cobertura legal, que tener un trabajo fijo. Muñoz Campos daba por hecho que los responsables de este tipo de contratación eran los trabajadores: *“Se ha intentado hacer desaparecer este indigno tipo de contratación, al margen de la Ley, pero como el productor tiene libertad de contratarse como él quiera, o una de dos, se tiene que ir a la Plaza de Urquinaona y pegarle un garrotazo en la cabeza a cada uno de los que se contratan así, o de lo contrario se tiene que hacer la vista gorda y dejar que hagan lo que quieran porque si se le coarta la libertad de poderse contratar, lo primero que té dicen es que no hay libertad, y que nadie le puede privar de ir a trabajar donde le plazca.”*<sup>5</sup>

En la España del momento había libertad para pocas cosas, pero sí para esta. *No se admite personal* (1968), de Antoni Lucchetti y Albert Corominas, nos muestra cómo estas

---

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 130

mismas personas que son conscientes de lo que las diferencia de “los de raza catalana”, se dirigen a la Plaza Urquinaona para ser contratados. La película, una ficción construida a partir de los testimonios de hombres y mujeres inmigrados, presenta un día en la vida de un hombre que busca trabajo en Barcelona. La cámara recorre, con él, su largo trayecto desde que sale de una casa, que no vemos, en uno de los montes que rodean la ciudad, hasta llegar al centro, a la Plaza Urquinaona, donde los prestamistas contratan mano de obra de manera totalmente irregular. Se busca joven, fuerte, resistente y barato.

Un compañero de cámaras de Lucchetti, Jordi Bayona, realizó tres películas buscando evidenciar lo que separaba a los inmigrantes de la población acomodada. Tenía que ver, principalmente, con las condiciones de vida y trabajo. Bayona en *Distancia 200 metros* (1967), *Distancia 0 a infinito* (1969) y *Un lugar para dormir* (1971) se fija en dos mundos paralelos, que pueden transcurrir uno junto al otro, pero siempre dándose la espalda. Entre el Parque de Atracciones de Montjuïc en Barcelona, donde suben los barceloneses a divertirse, y las barracas donde viven muchas familias no hay más de 200 metros.

## Una nueva sociedad

El proceso migratorio interior vivido en España durante las décadas que van de los años cuarenta a los setenta tuvo grandes dimensiones. Los temores que se esgrimían no se cumplieron. Ni la falta de recursos, ni las diferencias comportaron un descalabro. ¿Cómo fue posible? Seguramente no debemos agradecerlo al Estado franquista. Las diversas administraciones públicas del momento, al verse superadas por los desplazamientos, optaron por la represión. Tenemos noticia de que en ciudades catalanas de gran atracción por su componente industrial como Sabadell, Terrassa y especialmente, Barcelona, se combatió de manera intensa la llegada de personas consideradas de recursos escasos, faltas de trabajo y de domicilio legal. Eran vistas como un peligro para el orden público.

La estación de Francia en diferentes momentos a lo largo de la década de los cincuenta estuvo vigilada por policía armada que controlaba la llegada de los ciudadanos españoles que querían venir a trabajar a Barcelona. En octubre de 1952, el Gobernador Civil de Barcelona, Felipe Acedo Colunga, publicó en el Boletín Oficial de la Provincia que se repatriaría a todos aquéllos que no dispusieran de residencia legal o trabajo. El motivo, la gran densidad de población y el problema de la vivienda. Se quería evitar la proliferación de barracas y cuevas habitadas en Barcelona y sus alrededores. Durante algunos años, al bajar del tren, si no disponían de papeles, contrato laboral o piso, o alguien que pudiera responder por ellos, eran trasladados al Pabellón de Misiones de Montjuïc. Se trataba de un espacio herencia de la Exposición Universal de 1929, donde se habían expuesto piezas provenientes de las misiones, que al caer Barcelona se convirtió en una extensión de la prisión

de la ciudad. Los ciudadanos del propio país se convertían en prisioneros a la espera de que alguien se hiciera cargo de ellos, o de ser devueltos a sus localidades de origen. No tenemos, por ahora, trabajos precisos que nos documenten estos hechos, pero hay constancia de que entre 1952 y 1957, cerca de 15.000 personas fueron devueltas. Quizás ya es hora, también, de recuperar su historia y su memoria.

La represión de la inmigración fue dura. Son muchos los testimonios que encontraríamos de personas que estuvieron en el Pabellón de Misiones. Nos podrían explicar cómo después de ser detenidas una vez, lo volvieron a probar, saltando del tren antes de llegar a la estación, y entrando caminando a Barcelona. La represión no resolvió nada, pero infringió un castigo muy duro a los más desfavorecidos. Quizás ésta tendría que ser una primera enseñanza a obtener de esta historia: la represión no es una solución.

---

Tenemos noticia de que en ciudades catalanas de gran atracción por su componente industrial como Sabadell, Terrassa y especialmente, Barcelona, se combatió de manera intensa la llegada de personas consideradas de recursos escasos, faltas de trabajo y de domicilio legal. Eran vistas como un peligro para el orden público

---

Nos deberíamos formular algunas preguntas. ¿Qué hizo que estas personas pasaran a formar parte, o, mejor dicho, configuraran junto con sus conciudadanos una nueva sociedad? ¿Cómo se consiguió aumentar los recursos? ¿Qué hizo posible una mejor distribución? Si pensamos en los recursos podríamos llegar a concluir que sociedades en crecimiento como la España de los sesenta, o la de los noventa, tienen la capacidad de crearlos. De la población que vivía en barracas, una parte significativa podía hacer el esfuerzo de comprar un piso o alquilarlo, tenían un trabajo que se lo permitía. Otra cuestión puede ser la educación o la sanidad. Eso ya depende de las instituciones, y a finales del franquismo no había demasiada voluntad de resolver estos problemas. Necesidades de los más desfavorecidos contra falta de voluntad de las instituciones franquistas. En este punto pueden juntarse las dos reflexiones, la de los recursos con la de las diferencias. Estas nuevas personas llegaron a una sociedad donde diversos sectores estaban trabajando para constituir una alternativa al régimen franquista. El movimiento obrero, el vecinal, los partidos clandestinos, las parroquias, fueron espacios desde los que formar parte de la sociedad. Sin las redes que se fueron tejiendo con un protagonismo decisivo de esta nueva población, nuestra historia habría sido muy diferente. No sólo la de la inmigración, sino también la historia de la lucha contra el franquismo y por la construcción de una nueva sociedad más allá de la dictadura; la historia de la España democrática.

El cine de Bayona nos habla de la distancia entre los que tienen y los que no. Pero esta fractura, real en el momento, no impidió que surgiera una sociedad cohesionada. Las películas del Colectivo Cine de Clase (C.C.C.), pensadas para testimoniar y construir desde la clandestinidad, nos pueden ayudar a entender uno de los elementos que lo hicieron posible. Los emigrantes llegan a una sociedad donde fuerzas diversas están trabajando para construir alternativas al régimen franquista y una parte de ellos se incorpora de diferentes formas a esta tarea colectiva. Se construye la ciudadanía enfrente de la dictadura. Los inmigrantes se convierten en ciudadanos de una sociedad que ellos han hecho posible. Helena Lumbreras y Mariano Lisa eran el núcleo del C.C.C., los otros componentes se incorporaban de acuerdo con cada propuesta filmica. El grupo estuvo en activo entre 1970 y 1978; años en los que realizaron *El campo para el hombre* (1973), *O todos o ninguno* (1975-76) y *A la vuelta del grito* (1977). *El campo para el hombre*, un recorrido por los campos de Andalucía y Galicia sirve para oponerse frontalmente al discurso oficial del régimen. Las condiciones de vida y trabajo en el campo español ayudan a entender el proceso migratorio existente, el éxodo hacia las ciudades y las fábricas. Las dos otras películas nos hablan, precisamente, del trabajo en la industria y las luchas de los obreros en un periodo de alta conflictividad social. La participación que tienen los inmigrantes en la fábrica, en el barrio, en la parroquia, la movilización, la elaboración de discurso alternativo, todo, forma parte del proceso de constitución de una nueva sociedad fuera del franquismo.

Curiosamente en el momento en el que se está produciendo este proceso de construcción ciudadana, a mediados de los setenta, nuevas personas que ya forman parte de un nuevo proceso migratorio llegan a nuestro país. En este caso ya no se trata de migraciones internas, tienen su origen en el Magreb. *Viaje a la explotación* (1974) nos habla de ello. Un grupo de jóvenes amantes del cine y comprometidos políticamente Bartomeu Vilà, Mercè Conesa, Joan Simó y Rosa Babi filmaron este documental. Partiendo de la experiencia de un magrebí que había sufrido un accidente laboral; se aproximan a las condiciones de vida y trabajo de este colectivo. Estos nuevos emigrantes llegan, también, como sus predecesores, por la Estación de Francia.

## **Nuevas llegadas, nuevas miradas, historias parecidas**

*Viaje en la explotación*, que se inicia con unas imágenes del norte de África que les facilitó el mismo Llorenç Soler, el padre de todo este cine, cierra este recorrido por el cine alternativo y las relaciones con la inmigración que hemos empezado diez años antes. Estos nuevos inmigrantes nos llevan ya hacia el proceso migratorio que estamos viviendo hoy. Pero el cambio de nacionalidad de estos nuevos ciudadanos no nos tendría que despistar. Continuamos hablando de dignidad, trabajo, vivienda e ilusiones. Las imágenes de la Plaza Urquinaona de 1968 como empresa de trabajo temporal irregular, como espacio de explo-

tación, las tenemos que relacionar con lo que lleva tiempo pasando en nuestros polígonos industriales. Quizás no vemos las imágenes, pero esto no quiere decir que no suceda. Tenemos noticias, pero poco más. Por eso Ken Loach nos lo presenta en su última película, *It's a free world...* (2007). Antes lo había hecho Ruth Mader en una película de corto recorrido en nuestras pantallas, *Struggle* (2003), que pudimos ver casi por azar.<sup>6</sup>

Hoy resulta demasiado fácil pensar en diferencias que nos separan de la gente de otros colores, lenguas, costumbres o religiones. Pero la historia nos enseña que siempre se encuentran diferencias. Sólo hace falta que pase el tiempo o llegue uno más diferente, a fin de que el primer diferente ya lo sea menos.

La historia de las migraciones, como su presente, está hecha de encuentros, intercambios, y choques. Hay choques que tienen que ver con las lenguas, la comida, o las leyes. No podemos esconder que determinadas convicciones pueden ser motivo de conflictos. Como también lo son, y lo fueron, los que se producen entre generaciones diferentes de una misma familia cuando las maneras de pensar cambian. Sólo nos tenemos que fijar, por ejemplo, en cómo se ha transformado la consideración del matrimonio en los últimos treinta años. Hay choques que con el fin de solucionarse piden voluntad de reconocimiento recíproco entre tradiciones culturales diferentes. Pero otros dependen de nuestros miedos, inseguridades, y de que seamos conscientes de la capacidad que tenemos para hacer sufrir. Mirando hacia delante y conociendo lo que ya hemos vivido, podemos pensar en la necesidad de construir una sociedad más justa y participativa. Justa, en la que los recursos (vivienda, sanidad, educación ...) no sean un motivo de enfrentamiento. Participativa, porque sólo participando se forma parte.

---

<sup>6</sup> Para un recorrido por el cine contemporáneo que ha reflejado los procesos migratorios conviene tener presente la reciente contribución de Jose Antonio Monterde, *El sueño de Europa, cine y migraciones desde el Sur*, Ocho y medio, Madrid, 2008